
Sergio Gómez y W. L. Goldfrank ()*

*Evolución del mercado agrario
mundial: el caso del Chile
neoliberal (**)*

La creciente atención de los analistas en los últimos años por el sector de la exportación de frutas frescas de Chile, en rápida expansión (con más de 1.000 millones de dólares anuales de ventas, Chile ocupa el segundo lugar a nivel mundial, después de Italia que, en su calidad de miembro de la CEE, no es exactamente un país exportador) (1) se ha debido a la conjunción de una serie de puntos de vista complementarios, competitivos, cruzados o superpuestos. Este «boom» de las exportaciones se ha debido a una transformación de mayor amplitud, en virtud de la cual Chile ha pasado de estar dominado por el sistema de «haciendas» a depender del complejo agroindustrial (CAI). En el presente artículo, resumimos los resultados de diversas investigaciones relacionadas con estos cambios, incluida la nuestra propia.

SOCIOLOGIA DEL DESARROLLO

Desde el punto de vista de la sociología del desarrollo,

(*) FLACSO, Santiago (Chile) y UC Santa Cruz (Estados Unidos), respectivamente.

(**) Versión revisada de una ponencia presentada en el XII Congreso Mundial de Sociología, celebrado en Madrid los días 9 a 13 de julio de 1990.

(1) A. Chile corresponde aproximadamente el 10% de las exportaciones globales de frutas no cítricas o tropicales, según la ODEPA (Gómez y Echenique, 1988) y alrededor del 3% del total de las exportaciones mundiales de frutas. Pero de Chile sale el 86% del total mundial de las exportaciones de uvas de mesa, que son, con mucho, el más frágil y vulnerable de estos artículos.

Chile es en la actualidad el principal ejemplo que encontramos en América Latina del paso de un sistema de industrialización basado en la sustitución de importaciones (ISI) a otro orientado hacia las exportaciones (IOE). Mientras que en otros países de la zona, los gobiernos militaristas se embarcaban en lo que Garretón (1989) llama «proyecto socio-político reaccionario de represión anti-socialista, anti-sindicalista, anti-marxista, institucional y cultural», sólo el régimen chileno se embarcó en lo que el mismo autor llama «amplio proyecto fundacional» de construcción de un orden político-económico favorable a una expansión de los recursos basada en una integración casi total en el mercado mundial, en los propios términos de éste.

Son muchos los analistas que han descrito y explicado las características institucionales, las diversas políticas y las consecuencias para el sector agrario de este modelo neoliberal (v.g., de Janvry en 1985, Jarvis en 1985 y Gómez y Echenique en 1988).

Desde este punto de vista, el «boom» de las exportaciones de frutas parece, a primera vista, un éxito claro cuyo mérito se atribuyen en exclusiva, según suele suceder, el régimen y sus portavoces, aunque la CORFO (corporación para el desarrollo estatal) estableció sus estructuras básicas durante los regímenes de Frei y Allende (1964-1973). Junto con los productos forestales y la pesca, la fruta es un artículo de exportación de los llamados «no tradicionales» que han disminuido considerablemente la dependencia histórica del cobre de este país (que ahora constituye alrededor del 45%) para la consecución de divisas. Pero los huertos y viñedos no sólo han demostrado ser una importante fuente de divisas, sino que, junto con las instalaciones de envasado dan trabajo a casi medio millón de obreros, por no mencionar el estímulo que suponen, en fases posteriores del proceso, para la producción de contenedores (incluidos los refrigerados, que se usan para enviar por avión espárragos, albaricoques, guindas y frambuesas) y, en fases anteriores, para el sector del transporte.

Las relaciones con otros sectores nacionales de la economía chilena no son los únicos efectos positivos que el sector de producción demuestra tener sobre el desarrollo. Aunque la mayor parte de las bases científicas y tecnológicas en que se apoya el «boom» de la fruta han sido desarrolladas en California y algunas de las organizaciones más importantes de fruticultores y exportadores reciben consejo telefónicamente de asesores de la conocida escuela agrícola de Davis, una gran parte de la transferencia de tecnología se ha producido bajo la égida de la Fundación Chile, empresa conjunta del gobierno chileno y la corporación ITT, en buena medida a través de grupos locales «GTT» (Grupos para la Transferencia de Tecnología). Los agrónomos chilenos, a su vez, efectúan importantes aportaciones independientes, científicas y técnicas, a la horticultura. Las universidades del país ofrecen cursos de formación avanzada en los campos relacionados con este sector. Un reciente informe técnico se quejaba de la carencia de una industria informática chilena que desarrolle y comercialice el *software* adecuado, queja muy significativa en cuanto a evaluar los progresos experimentados. Por otra parte, en relación con la propiedad, dos de las mayores empresas exportadoras son propiedad del Estado y están controladas por éste, incluida la mayor de todas que cuenta con doce agrónomos de plantilla y publica una revista trimestral (ver Goldfrank, 1989 y Gómez y Echenique, 1988) y una parte significativa de los productos exportados son transportados en barcos fletados por navieras chilenas.

Las pautas establecidas, como se ve, no son las típicas de los enclaves periféricos de producción primaria, desarticulados, aislados del resto de la economía y proyectadas y controladas por empresas extranjeras, de las que son propiedad. Por otra parte, dado el alto grado de participación extranjera y las numerosas innovaciones que ha aportado, y la extrema dependencia de mercados externos, dichas pautas tampoco son típicas de los núcleos. El concepto de «desarrollo asociado dependiente» de Cardoso y Faletto, un sub-tipo de la «semi-periferia» de Wallerstein, capta correctamente esta posición

intermedia, y, en términos de estos mismos autores, el conjunto es una economía nacional «semiarticulada».

¿Es, pues, el «boom» de la producción «desarrollo» o «subdesarrollo»? Es capitalización con reinversión local de parte de los beneficios (acumulación «nacional») y mejora de la capacidad técnica y organizativa chilena. Por otro lado, también implica el empobrecimiento y la creación de peligros químicos para los trabajadores rurales, incluidos miles de temporeros que viven en pueblos y ciudades (Lago y Olavarría, 1980, Campana, 1985, Cruz, 1986 y Falabella, 1989). Es un sector que podría tener que enfrentarse pronto tanto a sus límites superiores en los mercados del hemisferio norte como a una peligrosa competencia de otras dos posibles fuentes de abastecimiento: la ampliación de las temporadas de cultivo y almacenamiento en el norte y la creación de nuevas zonas productoras en el sur (Klingenberg y Narea, 1985; Gómez, 1987). Es un sector que presenta una peculiar dependencia del mercado estadounidense, que, aunque no está saturado aún en cuanto a frutas de fuera de temporada, ya no ofrece el potencial de crecimiento que tenía a principios de la década de los ochenta. Así pues, en términos de sociología del desarrollo, la respuesta a la cuestión de «desarrollo o subdesarrollo» es «ambos y ninguno»; una situación muy conocida en los países semiperiféricos que tienen que progresar muy deprisa para mantener su posición en relación con el núcleo.

Los llamados «modelos de desarrollo», tales como el ISI (populismo) y el IOE (neoliberalismo), más que evolucionar orgánicamente a partir de sus raíces socio-económicas, lo que hacen es representar respuestas discontinuas de la burguesía, la burocracia y otras fuerzas sociales; respuestas ante las crisis y ante la evolución de las coyunturas y las estructuras de oportunidades de la economía mundial. Pero la discontinuidad es dolorosa. La transición chilena del populismo proteccionista y estatista al neoliberalismo fue brutal, rápida y total y supuso privaciones, además de privatizaciones. El campesinado, las clases trabajadoras y los sectores de la clase media dependientes del Estado fueron los más perjudicados por es-

tas privaciones. Pero el régimen militar tuvo tanto éxito en su reconstrucción de la burguesía empresarial que muchos de dichos sectores apoyan ahora con confianza la retirada de los primeros del proceso de transición a la democracia.

No obstante, uno debe preguntarse si los exportadores, que son los que pagan salarios más bajos (y suministran a los clientes más ricos, en sus mercados de los países del núcleo) entre esta burguesía, pueden permitirse la democratización, con la perspectiva del sindicalismo y los impuestos sobre los servicios sociales y la consiguiente subida de los costes. Si no pueden, quedarán mermadas las posibilidades de desarrollo de este sector. En el período 1985-1990, el coste total de la mano de obra ha ascendido a más del doble, mientras que los precios en Estados Unidos han bajado. El invierno de 1990 nos trajo dos anuncios de la vulnerabilidad chilena cuando: primero, la invasión de Panamá por parte de Estados Unidos detuvo el tráfico en el Canal el tiempo suficiente para que los precios descendieran ante el exceso de oferta resultante de la reapertura del canal, y segundo, una plaga de moscas de la fruta en el momento más crítico de la recogida dio lugar a un aumento de los costes de transformación y a una reducción de la calidad del producto, con la consiguiente disminución adicional de los precios. Estas circunstancias han reducido en gran medida los márgenes de beneficios y los porcentajes de los mismos destinados a reinversión. Pero por el momento, reina el optimismo en cuanto a la expansión a largo plazo, a la diversificación a otros productos de fuera de temporada, tales como bayas, aguacates y alcachofas, a la comercialización de frutas exóticas, tales como la chirimoya, a la expansión de las industrias de transformación de productos de calidad secundaria, mediante enlatado, congelación, exprimido y la fabricación de mermeladas y jaleas, a la mejora de la capacidad laboral y la ampliación de la especialización y formación de los trabajadores, a la modernización de los procesos de comercialización (la temporada 1988-89 fue la primera en que las cadenas de supermercados minoristas de los países del núcleo enviaron agentes a Chile a comprar directamente de los

fruticultores y los exportadores) y a la expansión de las ventas en Europa, Oriente Medio y Asia.

SOCIOLOGIA DE LA AGRICULTURA

Tal como se deduce del optimismo de los proyectos y proyecciones de las avanzadillas del sector, desde el punto de vista de la nueva sociología de la agricultura, el caso de Chile ejemplifica muchos procesos que la comunidad internacional de analistas ha comenzado ya a estudiar. La importancia de los productores directos que trabajan la tierra se está viendo minimizada relativamente por comparación con otros dos sectores: uno, las empresas multinacionales abastecedoras de semillas, brotes, fertilizantes, plaguicidas, fungicidas y maquinaria y dos, los envasadores, transformadores, expedidores, intermediarios y distribuidores. Los extraordinarios progresos experimentados en los campos de la fumigación y el transporte han permitido asegurarse la calidad de los productos y han reducido los plazos y costes de transporte; similares progresos en el campo del regadío (procedentes, en este caso, de Israel) han permitido a los productores chilenos de los márgenes del desierto norteño exportar uvas al lucrativo mercado norteamericano, durante la temporada de las fiestas navideñas. Los sistemas informáticos de seguimiento establecen la trayectoria de los productos, desde el campo hasta el distribuidor.

Paralelamente e impulsando en parte esta internacionalización de la producción y la distribución se ha producido una homogeneización y «yupificación» de los gustos de los consumidores dotados de poder adquisitivo de los países más desarrollados. Así, por ejemplo, los distribuidores chilenos han iniciado la introducción de las variedades de uvas de mesa sin semillas en países como Japón, donde durante años las uvas «de piel suelta» dominaron el mercado y hay que persuadir a los consumidores de que no pelen las «Perlette», «Thompson» o «Flame», o como Gran Bretaña, donde los productores

californianos de uvas sin semillas no tuvieron éxito hasta que los chilenos comenzaron a crear «convertidos» en los últimos inviernos (H. Schacht, «State Sows the Seeds for a New Grape Market», *S. F. Chronicle*, 23/6/90, p. D1). Con ayuda de Mintz (1985), que hizo observar el papel que desempeñó el gusto del público y las promociones publicitarias en la generalización del consumo del azúcar en el siglo XVIII, hemos subrayado el papel de la preocupación por la salud y la estética y de la publicidad agresiva (especialmente la de las cadenas de supermercados) en la aceptación de las uvas y las frutas «de hueso» chilenas en Estados Unidos y Canadá. Cabe recordar, en especial, que esta aceptación superó con facilidad la tormenta causada por el temor al cianuro de principios de 1989, como quedó demostrado por los records de ventas registrados en 1990. Pero Chile depende en gran medida del mercado norteamericano; los plazos y el coste del transporte a Europa y Asia han aumentado en un 50%, como mínimo, y los países desarrollados de estas zonas muy bien podrían encontrar otras fuentes de abastecimiento (Sudáfrica exporta ya el 11% del total global de uvas de mesa y Australia el 1,5%).

Otras de las cuestiones importantes, relacionada con la sociología, tanto agrícola como del desarrollo, es la competencia por el uso de la tierra entre las necesidades alimentarias de la población local y las oportunidades de beneficios del sistema capitalista de cultivos para la exportación. La situación de Chile no es comparable ni de lejos con el desastre del Sahel en la década de los setenta, cuando la expansión del cultivo del cacahuete y del pastoreo de ganados redujo tan drásticamente la producción de mijo y sorgo que dio lugar a la sequía y el hambre (Franke y Chasin, 1980). Aunque las tierras de cultivo han sido replantadas en parte con huertas y viñedos, las deficiencias alimentarias de los pobres chilenos (se calcula que son entre el 30 y el 45% de la población) tienen más relación con la desigualdad extrema de la distribución de la renta que con la insuficiencia de tierras que dedicar al cultivo de plantas para la alimentación. Es una historia poco frecuente, porque el régimen militar, originariamente,

abrió las puertas de Chile a las importaciones de productos agrícolas, especialmente de EE.UU. Los precios bajaron y la producción de trigo *per capita* disminuyó hasta los niveles del siglo XIX. A los ganaderos que protestaron se les dijo que se comieran sus vacas. Pero la crisis de 1982 dio lugar a una desviación significativa del modelo agrícola del neoliberalismo, con la introducción de medidas de apoyo a los precios y otros métodos de protección. Estas, a su vez, dieron lugar a la adopción de técnicas propias de la «revolución verde» y a rápidos aumentos de la productividad en las explotaciones agrícolas de dimensiones medias y grandes. La producción interior en términos de proporción del consumo, había aumentado para 1986 al 91% del trigo, al 97% del azúcar, el 99% de la leche y derivados (sector que está ahora, en gran parte, en manos de una empresa neozelandesa), el 94% del maíz, el 78% del arroz y el 60% de los aceites vegetales. ¿Debemos considerar este fenómeno como un proceso de tipo «ISA» (agricolización por sustitución de importaciones)? Sus límites actuales son precisamente los que dieron lugar a la crisis del método «ISI»: restricción del mercado interior debida a una distribución muy desigual de la renta y elevado coste de las importaciones. Así pues, ha sido una extraña mezcla de orientación a la exportación en la producción y de sustitución de la misma en la alimentación la que ha producido el actual dinamismo agrícola.

Vale la pena subrayar que, en tres aspectos distintos, el éxito del sector agrícola se ha debido a actitudes ideológicas distintas del modelo neoliberal: a la planificación estatal para la diversificación de exportaciones en los regímenes de Frei y Allende, a las subvenciones del Estado en cuanto a infraestructura, exenciones fiscales y promoción comercial, en el de Pinochet, y a la introducción de sistemas de apoyo a los precios después de la crisis de 1982. Al mismo tiempo, es de crucial importancia reconocer que la agricultura, como tal, está siendo rápidamente sustituida por el complejo agroindustrial (CAI), no sólo en cuanto a producción para la exportación, sino también, aunque más lentamente, en cuanto a los

productos alimentarios básicos. El parecido de la zona central de Chile con California, desde el punto de vista geográfico, es conocido de antiguo; la dirección actual del sector agrario apunta hacia una reproducción de la situación en California, también en lo económico.

ESTRUCTURA Y ORGANIZACION DE CLASES

Los analistas del desarrollo y los sociólogos de la agricultura coinciden en la importancia que debe atribuirse a la estructura de clases rurales, como tema de estudio y como fuerza motriz de la transformación agrícola (o del estancamiento agrícola, según los casos). En el caso de Chile, en los últimos veinticinco años, se ha producido un proceso de cambio doblemente discontinuo que ha dejado totalmente anticuada la descripción de Zeitlin y Radcliffe (1988, ps. 154-155; ver también ps. 191-192) formulada a mitad de la década de los sesenta: «El dominio de los grandes terratenientes... aún estaba relativamente seguro». Una división del pasado reciente en cuatro períodos puede contribuir a aclarar estos cambios. (Para más detalles sobre lo que sigue, ver Gómez, 1988.)

En la prehistoria (1930-1960), muchas grandes explotaciones comenzaron a apartarse de las prácticas tradicionales de la «hacienda», cultivando una más amplia gama de productos para abastecer al sector agroindustrial que estaba en su infancia, iniciando la mecanización y empleando una mayor proporción de «afuerinos» (trabajadores de fuera de la finca) que de «inquilinos» (trabajadores locales que cultivaban pequeñas parcelas para su propio consumo). La inmigración urbana de trabajadores desplazados y campesinos sin tierra aumentó en volumen. Durante la década de la reforma (1964-1973), el Estado expropió muchas haciendas (especialmente, las menos modernizadas) y las dividió en explotaciones pequeñas, algunas de las cuales fueron cooperativizadas. Otras fincas fueron divididas por sus propios dueños

para evitar la reforma. La sindicación de los trabajadores y la organización de los campesinos se aceleraron al aliarse los partidos de izquierda con los cristiano-demócratas en la competencia por conseguir los votos de la población rural. La década de contrarreforma (1974-1983) aceleró la comercialización de la tierra y la proletarianización de la mano de obra; además, invirtió el proceso de redistribución de la tierra y de organización de los trabajadores. Menos de la mitad de los beneficiarios de la reforma conservaron sus parcelas, y muchos de ellos se vieron obligados a contraer graves deudas y luego a venderlas en condiciones desventajosas; se negaron créditos y asistencia técnica sistemáticamente a casi todos ellos, debido en parte a sus actitudes políticas y en parte a la idea del régimen de que las explotaciones grandes eran más eficaces que las pequeñas. El período del «boom» pleno (desde 1983) ha sido testigo de procesos de consolidación y concentración de las propiedades apoyados por el Estado, de grandes inversiones por parte de empresas nacionales y multinacionales y de diversas polarizaciones: en el caso de los productores, entre grandes y pequeños, con una mayor marginación del campesinado; entre cultivadores y trabajadores, y entre las distintas regiones.

En la coyuntura actual y con vistas al futuro previsible, tanto la clase dominante como la trabajadora dan la impresión al observador de ser extraordinariamente heterogéneas. Excluyendo casos límite, tales como el grupo de hacendados tradicionales y las pocas empresas industriales que poseen tierras agrícolas como actividad secundaria, la clase propietaria puede clasificarse en los tipos siguientes:

- a) Producción primaria exclusivamente.
- b) Producción primaria y transformación suplementaria.
- c) Equilibrio entre producción primaria y transformación.
- d) Principalmente transformación con parte de producción primaria.
- e) Sólo transformación.

En cuanto a orígenes, estos cinco tipos pueden dividirse en tres clases básicas:

- a) Nacional y rural.
- b) Nacional y mixta rural/urbana.
- c) Internacional.

Las primeras dos pueden subdividirse a su vez: los que se han dedicado a la agricultura durante mucho tiempo y cabe esperar que sigan, y los que han sido atraídos recientemente por las oportunidades coyunturales y podrían retirarse.

En un reciente estudio (Gómez y Echenique, 1986) de una muestra de empresas exportadoras de frutas, grandes y medianas, del centro de Chile, se empezaron a explorar estas dimensiones. Con respecto a los orígenes de los empresarios el estudio descubrió que el 50% de ellos habían sido siempre agrícolas, el 40% procedía de profesiones liberales y el 10% restante procedían de los trabajadores rurales asalariados. En cuanto a las empresas en sí, el 24% habían sido heredadas, el 36% heredadas y aumentadas mediante compras, y el 40% compradas.

Algunas empresas cuentan con instalaciones propias de envasado y conservación en frío, otras han invertido en sistemas de enlatado y congelación y otras en transportes. En general, las mayores y más modernas, incluidas las multinacionales, tienden a prestar mayor importancia a los procesos posteriores a la recolección, controlando extensiones suficientes de tierras para obtener beneficios sin correr grandes riesgos en los años de escasa demanda. Las grandes empresas emplean además personal técnico, de control y administrativo que está empezando a constituir una nueva clase media en el campo.

La clase empresarial está marcada por un elevado nivel de organización política, a efectos de representación de sus intereses tanto en las luchas del sector relacionadas con las condiciones de trabajo, como en la política nacional. El éxito obtenido en la batalla contra la reforma agraria no impidió, como se ha dicho antes, que dicha reforma alterara muy significativamente las condiciones en que se produce la acumu-

lación de riqueza en el sector rural. Pero mientras que la mayor organización del sector (la SNA, Sociedad Nacional de Agricultura) ha defendido los intereses de clase dentro del sector, la fuerza de propulsión más importante de la modernización técnica y comercial ha procedido de cooperativas de productores de mediana importancia y, sobre todo, de asociaciones especializadas de productores, como los exportadores de frutas. Este tipo de estructuración tiene relaciones directas con grupos norteamericanos tales como la Chilean Winter Fruit Association (Asociación Chilena de Frutas de Invierno), la Administración de Puertos del Río Delaware y la Asociación Internacional de Estibadores, además de colaborar con el Estado chileno en sus estrategias de expansión de mercados. Así pues, la clase alta promociona sus intereses en el extranjero y no sólo en el interior, a pesar de su heterogeneidad.

La clase trabajadora rural (alrededor del 20% de la población laboral asalariada del país) también es extraordinariamente heterogénea, excepto en su pobreza y su inseguridad. Unas cuatro quintas partes del proletariado rural trabajan temporalmente y muchos de ellos responden a la descripción del título de Cruz (1986): «de inquilinos (trabajadores de la finca) a temporeros». Otros trabajadores temporales son los parados y los jóvenes de las ciudades, en gran parte, como en las instalaciones de envasado, mujeres, como sucede en California, que constituye también un modelo en cuanto a la corriente migratoria que sigue a la cosecha de la uva, salvo que en Chile va de norte a sur. En un inventario general de trabajadores, deberíamos asimismo incluir al campesinado semi-proletario, cuyos hogares requieren para sobrevivir que parte de sus miembros tengan empleos pagados, al menos parte del año (Rivera, 1988). El carácter de temporalidad de los trabajadores es muy acentuado: el mayor cultivador y exportador cuenta con una plantilla fija de 500 personas; este número asciende a 5.000 en la época crucial de la cosecha e incluye alrededor de 13.000 trabajadores diferentes a lo largo de un año. La población laboral es inesta-

ble de unos años a otros y muy difícil de organizar, aunque se ha obtenido un cierto grado de éxito en Santa María (Falabella, 1989) con métodos organizativos basados en los lugares de residencia y centrados en cuestiones de consumo colectivo: Petras (1988) ha sugerido con cierto optimismo una serie de factores que, al disminuir la represión gracias a la democratización parcial de las condiciones, «se aunarán para provocar el estallido de la organización de la clase trabajadora» (p. 73): así, por ejemplo, la organización en función de los lugares de residencia, la peculiar vulnerabilidad ante acciones relativamente limitadas de la mano de obra de cultivos que se echan a perder con facilidad, y la influencia sobre las zonas adyacentes de los puntos de concentración de la agitación. Puede ser tentador para muchos analistas conceder excesiva importancia a las estrategias de supervivencia, a nivel de hogar y barrio, en que se ha basado principalmente la organización de los sectores más pobres de la clase trabajadora, en los últimos años.

La importancia fundamental que se concede a la supervivencia a nivel de familia y de comunidad, encontró eco a escala nacional en la sorprendente respuesta inter-clasista e inter-partidista ante el embargo de los Estados Unidos a las uvas chilenas, después de la ola de temor al cianuro de marzo de 1989, que constituyó una defensa generalizada del sector productor/exportador, como elemento esencial para la subsistencia de la nación. Por otro lado, el esquema general desarrollado por Paige (1975) permite predecir la sindicalización de los salarios y de las condiciones de trabajo entre los obreros agrícolas de empresas muy capitalizadas, en el caso de que se produzcan movimientos sociales rurales. Y el actual gobierno, de centro-izquierda, ha prometido comenzar un proceso de creación gradual de servicios sociales y sanitarios destinados al tercio menos favorecido de la población. En resumen: dadas las condiciones estructurales del sector y la coyuntura política, parece mucho más probable un proceso prolongado e incompleto de sindicalización relativamente apolítica que el «estallido» de que habla Petras.

NOTA FINAL

Considerando la trayectoria reciente de la agricultura chilena, uno tiende a plantearse comparaciones con otros países latinoamericanos semiperiféricos en los que el complejo agroindustrial se caracteriza cada día más por los sectores exportadores dinámicos y los productores avanzados de productos alimentarios para el mercado nacional, al tiempo que coexisten impaciente pero simbióticamente con un sector campesino entre cuyas estrategias domésticas se incluye el suministro flexible de mano de obra (y, en el caso de México, de tierra, en ocasiones) al CAI. El largo proceso histórico de acumulación primitiva no ha cesado en absoluto y los casos de México y Chile sugieren que la reforma agraria, por radicales que sean sus intenciones, acabará por ser absorbida e integrada en él, por medio de contrarreformas o de presiones demográficas y falta de competencia económica. No sólo la reforma agraria, sino la revolución campesina misma, podrían resultar fenómenos exclusivos del siglo XX, mientras que las posibilidades de progreso para principios del siglo XXI consistirán en crear un nivel adecuado de democracia social en el campo que sirva para contrarrestar el poderoso empuje del capitalismo agrícola contemporáneo.

BIBLIOGRAFIA

- CRUZ, M. E. (1986): «De inquilinos a temporeros; de la hacienda al poblado rural», *Documentos de Trabajo*, n° 21, GIA, Santiago.
- DE JANVRY, A. (1985): «Latin American Agriculture from Import Substitution to Debt Crisis», California, AES.
- DÍAZ, H. y RIVERA, R. (1986): «Notas sobre la estructura agraria en Chile», *Documentos de Trabajo*, n° 20, GIA, Santiago.
- ELIZALDE, P. (1986): «El desarrollo frutícola en Chile y sus transformaciones sociales», en *El desarrollo frutícola y forestal en Chile y sus derivaciones sociales*, CEPAL/FAO, Santiago.
- FALABELLA, G. (1989): «La casa del temporero», *SUR*, Santiago.

- FOXLEY, A. (1983): *Latin American Experiments in Neo-Conservative Economics*, UC Press, Berkeley.
- FRANKE, R. W. y CHASIN, B. H. (1980): *Seeds of Famine*, Rowman and Allanheld, Totowa, New Jersey.
- GARRETON, M. A. (1989): *The Chilean Political Process*, Unwin Hyman, Boston.
- GOLDFRANK, W. (1989): «Harvesting Counter-revolution: Agricultural Exports in Pinochet's Chile», en T. Boswell, *Revolution in the World System*, Westport, Greenwood.
- GOLDFRANK, W. (publicación prevista para 1990): «State, Market and Agriculture in Pinochet's Chile», en W. Martin, *Semi-peripheral States and the World Economy*, Westport, Greenwood.
- GÓMEZ, S. (1988): «Nuevos sectores dominantes en la agricultura latino-americana», FLACSO, *Documentos de Trabajo*, nº 379, Santiago.
- GÓMEZ, S. (1987): «Dinamismo y vulnerabilidad de la exportación de fruta chilena», *Cono Sur* VI, 3, ps. 16-20.
- GÓMEZ, S. (1986): «Rasgos predominantes de la nueva estructura agraria en Chile», *Boletín del GEA*, 18, ps. 7-18.
- GÓMEZ, S. y ECHENIQUE, J. (1988): *La agricultura chilena: las dos caras de la modernización*, Santiago, FLACSO/Agraria.
- GÓMEZ, S. y ECHENIQUE, J. (1986): «Nuevos empresarios y empresas agrícolas en Chile», FLACSO, *Documentos de Trabajo*, nº 277, Santiago.
- JARVIS, L. (1985): *Chilean Agriculture Under Military Rule*, IIS, UC, Berkeley.
- KLINGENBERG, G. y NAREA, D. (1985): «Dimensionamiento y perspectivas del mercado de exportaciones horto-frutícolas para Chile», *Materiales para Discusión*, nº 81, Centro de Estudios del Desarrollo, Santiago.
- MINTZ, S. (1985): *Sweetness and Power*, N. Y., Viking.
- PAIGE, J. (1975): *Agrarian Revolution*, N. Y., Free Press.
- PETRAS, J. (1988): «The New Class Basis of Chilean Politics» *New Left Review*, nº 172 (nov.-dic.), ps 67-81.
- RIVERA, R. (1988): *Los campesinos chilenos*, GIA, Santiago.
- RIVERA, R. y CRUZ, M. (1984): *Pobladores rurales*, GIA, Santiago.
- ZEITLIN, M. y R. RADCLIFFE (1988): *Landlord and Capitalists: The Dominant Class of Chile*, Princeton.

RESUMEN

En este artículo se analiza la reciente transformación agraria chilena, haciendo especial hincapié en el auge de las exportaciones de frutas frescas. Se estudian la expansión y la diversificación del sector, y se explican como «semiperiféricas» sus características estructurales. Se exponen como factores inductores del crecimiento el cambio en las pautas de consumo de los países avanzados y las mejoras tecnológicas en el almacenamiento y el transporte. Los aumentos de la producción nacional de productos alimenticios básicos se atribuyen a una desviación de la práctica neoliberal. Se describe sucintamente la composición heterogénea tanto de la clase propietaria como de la clase productora.

RÉSUMÉ

Dans cette étude il est analysé la transformation agricole chilienne, en insistant sur l'essor des exportations de fruits frais. Il est étudié l'expansion et la diversification du secteur dont les caractéristiques structurales sont expliquées comme étant «semi-périphériques». Il est considéré comme facteurs favorables à cette croissance la transformation des règles de consommation des pays développés et les améliorations technologiques dans le stockage et dans le transport. L'accroissement de la production nationale des produits alimentaires de base est attribué à une déviation de la pratique néo-libérale. Il est décrit brièvement la composition hétérogène aussi bien de la classe des propriétaires que de celle des producteurs.

SUMMARY

The recent Chilean agrarian transformation is analyzed, with special focus on the export boom in fresh fruit. The expansion and diversification of the sector are explored, and its structural characteristics explicated as «semiperipheral». Changing consumption patterns in the advanced countries and technological improvements in storage and transport are credited with facilitating growth. Increases in national basic foodstuff production are explained as a departure from neo-liberal practice. The heterogeneous composition of both the owning and the producing classes is outlined.

